

IX

Estas mismas admirables relaciones que respecto al Supremo Ser descubrimos en el hombre, pequeño mundo, se reflejan también en el mundo considerado como la suprema unidad creada: en la gigantesca obra de los seis días, testimonio solemne de la grandeza del Criador, hay también verdad, bondad y belleza: la verdad es el conjunto de todas las cosas que eran en el seno de Dios antes de que fuesen; es la variedad absoluta resolviéndose en la absoluta unidad. La bondad está en el fin para que todas las cosas fueron creadas, pues para algo fueron creados el aerólito y el sol, el musgo y el cedro, la hormiga y el elefante, la arista que vuela en el ambiente y las montañas que desafían al cielo, el vasto firmamento y los inmensos mares. La belleza está por último en la conformidad de lo creado con su fin, en el concertado enlace y armonía feliz del universo.

Refiéjanse, pues, en el mundo la verdad, bondad y belleza de Dios, como se dejan sentir en el hombre produciendo la fe, esperanza y caridad, tres virtudes que dominan las facultades, inteligencia, poder y amor, y presiden las acciones humanas en la ciencia, en la vida y en el arte.

Queden sentados y fijos estos principios, sobre los cuales hemos de volver cuando entremos de lleno en la doctrina práctica del progreso en las diferentes esferas de la humanidad.

X

Que por la fé, la esperanza y la caridad, átomos desprendidos de la verdad, la belleza y la bondad de Dios, virtudes que dominan la inteligencia, el poder y el amor del hombre, vive el alma humana en relación con el Supremo Ser que la formó á su imagen y semejanza, queda indicado, y hasta donde es posible, esclarecido en las precedentes páginas. De qué manera se han determinado las relaciones, la comunicación de Dios con la humanidad, con el universo todo en quien á su vez se reflejan la verdad, la bondad y belleza del eterno Autor, punto es que merece exámen, y que ha de servir de mucho en el estudio que nos proponemos.

La humanidad, que es una en Adam, una en Noé¹, se divide, á poco de verificarse la dispersión de las gentes, en dos grandes grupos, en dos inmensas familias, que comparten el campo de la historia como compartieron el dominio de la tierra:

¹ El autor incluyó este párrafo y los tres que le siguen en su discurso de recepción en la Real Academia Española.

estos dos grupos se forman con los pueblos monoteístas el uno, y con los pueblos politeístas el otro; son, como si dijéramos, los dos hemisferios del mundo moral. El monoteísmo, principio culminante en los pueblos semíticos, es base y fundamento de tres religiones que representan lo pasado, lo presente y lo porvenir; los recuerdos, los sentidos, la esperanza. El judaísmo, el islamismo y el cristianismo son esas tres religiones. Moisés habla á los hijos de Israel recordando siempre la grandeza de los patriarcas, y sobre todo recordando la historia de las maravillas que Dios obraba con su pueblo: su tema principal es lo pasado. Mahoma, avasallando por la fantasía y por la fuerza mejor que por el convencimiento, materializa los premios de la otra vida, y enseña que los buenos vivirán entre perfumes y delicias, en jardines amenísimos habitados por mujeres de peregrina hermosura: el tipo de Mahoma es lo presente. Jesucristo habla á todos los hombres un lenguaje que nunca oyeron las sociedades antiguas: Mi reino, dice, no es de este mundo: dichosos los que aquí lloran, bienaventurados los pobres, felices los que padecen, porque ellos serán consolados y gozarán de dicha eterna. La doctrina de Jesucristo, mejorando la condicion presente, anuncia y predica como punto principal la recompensa futura, la salvacion del alma. En el Sinai, en el Cal-

vario y en la Meca resplandece la idea de Dios único: Jhowáh, Cristo y Alá son tres nombres que corresponden á la idea única de Ser Supremo que rige los destinos de la creacion. El politeísmo, forma religiosa de los pueblos indios, aparece en la série de los siglos como elemento enemigo del progreso científico y social; como gérmen de horribles trastornos en el mundo de la razon y en el seno de las sociedades.

Para los antiguos pueblos monoteístas la vida exterior es poco: Dios es punto de partida, y Dios es término de todas las aspiraciones, de todos los pensamientos: la tierra es camino; la vida es peregrinacion: estas ideas de unidad y de inmensidad tienen su mejor emblema en el desierto. Para los pueblos politeístas la vida exterior es mucho, la grandeza del mundo es todo: se asombran ante los rayos de luz que el sol envia, y adoran al sol: se conturban con la imponente majestad de los mares, y adoran al mar engendrando en sus aguas el Brahma de los indios, se deleitan á la fresca orilla de una fuente ó á las márgenes de un claro arroyo, y fingen ninfas y náyades que jueguen con la espuma y se retraten en el cristal de las aguas; en tanto el pueblo monoteísta adora á Dios *único* que encendió por su querer soberano la llama vivificante del sol; al Dios único que encerró los mares en anchos límites y distribuyó las aguas

según su voluntad libérrima, ora empujándolas con hálito poderoso para que formen la catarata del Niágara y las tempestades del Océano, ora encaminándolas con blando soplo para que formen las fuentes y los arroyos donde, como en palacios de líquido aljófar, moran las soñadas divinidades de griegos y de romanos.

No busquemos en los antiguos pueblos mono-teistas organización de ejércitos ni gran desarrollo de las artes, ni derecho político propiamente tal con sus aristocracias, sus democracias y sus feudos. David, como los fenicios, y como los cartagineses, y como los califas, se vale de ejércitos asalariados. Entre los hebreos la pintura y la escultura están prohibidas; la poesía de estos pueblos tiene un carácter marcadamente subjetivo; ni cultivan el drama, ni estudian las maravillas de la naturaleza más que para alabar en ellas á su inmortal Autor. Los pueblos politeistas, para quienes la tierra no es en rigor lugar de tránsito y valle de destierro, ni la vida período de peregrinación, crean y desarrollan instituciones puramente humanas, cultivan las artes, adoran la naturaleza en sus accidentes exteriores; y ora deifican la humanidad como el paganismo griego, ora la filosofía como el paganismo alejandrino, ora la ciudad como el paganismo romano. El Brahma, Siva y Vishnú del Indostan; el Osiris, Tiphon y Horus de Egipto; el Ormuzd,

Ahriman y Mithra de la Persia; el Urano, Saturno y Júpiter de Grecia; los genios del bien y del mal, padres de la luz y de las tinieblas, que disputaban el imperio de una gran parte del mundo antiguo, forman admirable contraste con el Dios de los hebreos, que envuelto en nubes sobre el monte Siná, promulga en el idioma de los truenos su código inmortal; y con el Dios de los árabes, Rey, Santo, Poderoso y Sabio, cuyas alabanzas cantan los cielos y la tierra; y por último, con el Dios de los cristianos, Uno en sustancia y Trino en personas, magnífico en santidad, inmenso en poder, esplendente de gloria, infinito en la sabiduría, inagotable en la misericordia. El politeísmo hace dioses de sus hombres, el monoteísmo hace un hombre de su Dios.

De las tres grandes ramas religiosas á que sirve de tronco la unidad de Dios, el cristianismo es la más alta, la más lozana, la más florida. Moisés dijo: «venid á mí los hijos de Israel.» Mahoma dijo: «venid á mí los hijos del desierto.» Jesús ha dicho: «*venite ad me omnes*:» el judaísmo se nos ofrece como religión de raza, el islamismo como religión de clima, el cristianismo como religión de amor; para el cristianismo no hay razas ni climas; su lenguaje es inteligible para los descendientes de Japheth, moradores de la Media y de la Persia; llega hasta los hijos de Sem que ha-

bitan entre el Eufrates y el Tigris, y se escucha por último en los abrasados arenales del Africa, por donde vagan los nietos de Cham de negra tez y espíritu melancólico. Para el cristianismo no hay colores, ni condiciones, ni edad, ni sexo. El Apóstol lo ha dicho: ya no hay judíos, ni infieles, ni siervos, ni señores, ni hombres, ni mujeres: no hay mas que hermanos redimidos con la sangre del Cordero. La union en Jesucristo es mas fuerte que la union en Adam: esta identifica á los hombres por la carne y por la sangre; aquella los acerca é identifica por la gracia: el primero es lazo de la tierra; el segundo es lazo del cielo. Una y mil veces bendigamos este lazo.

XI

Hecha la division y determinadas rápidamente las diferencias entre pueblos monoteistas y politeistas, es mas fácil indicar la manera cómo se ha dado á conocer y se ha dejado sentir, en especial de los primeros, el Ser Supremo, el Dios Verdad, Bondad y Belleza infinita, no destinado como el Brahma de los indios á un reposo eterno jamas interrumpido, sino atento siempre á la marcha de las sociedades, providentísimo ordenador de todo, eterno generador y regulador del progreso de la humanidad.

La cruz del Salvador levantada sobre el Gólgatha diez y nueve siglos hace, es una gran piedra miliaria que separa los confines de dos mundos: al lado de allá bullen pueblos poderosos, dentro de cuyos templos bullen á su vez dioses de todas condiciones y para todos los usos de la vida; á la vertiente de acá comienza el reino imperecedero de la verdad sellada con la sangre de Jesus.

Entre los pueblos que caen al otro lado del Gólgatha, solo hay uno depositario de la revelacion y providencial custodio del Testamento de Dios: en el inmenso campo de un politeismo de cuarenta siglos se desliza silencioso el pueblo hebreo, como arroyo escondido entre los bosques, para venir despues con el huracan del deicidio á deshacerse en gotas de lluvia que se pierde en toda la superficie de la tierra. En tan largo periodo solamente la raza escogida conoce al verdadero Dios: los pueblos politeistas que por todas partes la rodean, viven y se agitan á la sombra de una verdad que no descubren; á la sombra de una verdad que únicamente brilla esplendorosa para aquel pueblo feliz que veia y saludaba al sol mientras los egipcios palpaban las tinieblas; para aquel pueblo que anduvo á pié enjuto por entre las aguas del mar, del mismo mar cuyos hirvientes abissos dieron vasta sepultura á Faraon y su ejérci-

to. La historia del pueblo de Israel, escrita en un libro de oro que nunca oxidarán los siglos, es la historia del cielo y de la tierra; y en ella se descubre cómo Dios, la suprema verdad, se ha dignado señalar el camino de la dicha sin fin; cómo Dios, la suprema bondad, ha sostenido á los hombres con su amor; cómo Dios, la suprema belleza, ha hecho brotar los manantiales perennes de lo bello en todas las esferas de la creacion. Si el pueblo hebreo es desde Vespasiano hasta hoy, y seguirá siendo hasta la consumacion de los tiempos, el cenobita de la humanidad, desde Abraham hasta los Macabeos, fué el aristócrata de la humanidad, el mayorazgo en la gran herencia, el primogénito de Dios: cuando Dios se reveló á la humanidad, se reveló por medio de su primogénito.

Miéntas los pueblos de la tierra entretenian á la infantil humanidad con juguetes de piedra como las pirámides de Egipto y los templos de Tebas, el pueblo hebreo la enseñaba á leer en las páginas que escribia Moisés: aquellas pirámides y las ruinas de aquellos templos son hoy fósiles apreciables de una civilizacion que murió porque no progresó; que no progresó porque le sobraron dioses y le faltaba Dios. En cambio la importancia de los libros mosaicos es cada vez mas gigantesca, como es mas gigantesca la sombra á me-

dida que se aleja el cuerpo que la produce: los siglos pasan, Moisés se aleja, y la sombra de Moisés no se extinguirá interin haya sol á cuya luz se proyecte: él, por divino espíritu inspirado, nos enseña que en los primeros albores de la humanidad Dios se dejó conocer y sentir con maravillas: cuando toda carne corrompió su camino y solo maldad se albergaba en todo corazon, Dios lavó la tierra que habia formado, con un diluvio cuyos imponentes vestigios hoy estudia atónita la ciencia: borró la creacion viviente, como si borrara una palabra que se arrepintió de haber escrito, en el libro de su omnipotencia; y un justo y su familia sirvieron de retoño al árbol de la humanidad, tronchado y arrastrado por las aguas.

Moisés nos enseña que la majestad de Dios omnipotente comunicó con Noé, inculcándole nociones de justicia universal y estableciendo con él una alianza donde á la vez resaltan toda la misericordia del Criador y toda la excelencia de la criatura; pues con ella se digna pactar el Señor de lo visible y lo invisible, dueño de la tierra y de los abismos que hay debajo, y del vasto firmamento de los cielos. Mas tarde Dios habla á sus siervos por medio de ángeles: así detuvo el cuchillo de Abraham; así mandó volver á la desconsolada Agar; y por apariciones, así mandó á Jacob restituirse á tier-

ra de su parentela; así mandó á Moisés partir á Egipto para ser libertador del pueblo. Mas tarde, muerto ya Moisés, cambiada la organizacion de los hijos de Israel, reemplazados los patriarcas por los jueces primero y por los reyes luego, Dios habla á reyes y á súbditos por medio de sus profetas: el profetismo representa el poder de la virtud y de la verdad gravitando sobre todos los poderes. Despues de los grandes prodigios, grito de la omnipotencia; despues de las apariciones, voz de Dios modulada en el viento del Mediodía como aquella que pidió cuenta al primer hombre del primer crimen cometido; despues de los ángeles, embajadores incorpóreos enviados para misiones especiales; despues de los profetas, embajadores corpóreos y permanentes, solo cabia que condensando todos estos portentos del poder y de la misericordia, viniese al mundo la Majestad Divina con forma humana; y así sucedió: el que reina en la inmensidad de los cielos, bajó á la tierra; el que habia enviado los profetas, vino á ser él mismo profeta de la nueva mas feliz que han escuchado los siglos; el que habia enviado los ángeles, vino á ser ángel de paz; el que se habia aparecido á Abraham en visiones, á Jacob en sueños, á Moisés en la zarza, se dejó ver del mundo en figura corporal como nosotros; el que habia hablado por prodigios á la humanidad, vi-

no á consumir los prodigios, pues vive pobre siendo Rey de los reyes, y muere entre tormentos siendo el autor de la vida.

El último hálito de vida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele á la humanidad por la senda del progreso; el Cristo muere en una altura que se ve; en otra altura que no se ve está el término codiciado: la humanidad está entre las dos; está en el valle de lágrimas: Jesucristo, en la piscina de Bethsáida, ha dicho al paralítico: «levántate y anda;» y el paralítico es la humanidad postrada por la culpa y vuelta al movimiento por la muerte del Justo: «dejadla andar,» diremos á los espíritus soberbios que se oponen á su marcha: «*sinite abire,*» como dijo Jesucristo al sacar á Lázaro de la tumba por el influjo de su palabra: «dejadla andar; dejadla que llegue al término glorioso de su destino: *sinite abire;* quitadle las ligaduras del error con que la teneis apriada: *dejadla andar;* no desencadeneis los huracanes que la empujen y precipiten hácia el abismo: no turbeis su marcha tranquila y sosegada con el aguijon de unos bienes que fingís, y de una ventura que sois incapaces de darle: no la atormentéis con la idea de un progreso falaz y demolidor: *dejadla andar; dejadla hacer su camino; sinite abire.*» Dios Redentor sanó al paralítico que treinta y ocho años yacia inmóvil en el lecho

del dolor; Dios Redentor vino á sanar á la humanidad que mas de treinta y ocho siglos yacia miserablemente en el lecho de los errores y de la culpa: «levántate y anda,» ha dicho al paralítico: «levántate y anda,» ha dicho á la humanidad: la humanidad se levanta y anda: probemos á seguirla; pero lancemos ántes una ojeada rápida, una ojeada de despedida hácia ese mundo antiguo que la humanidad deja detrás, hácia esa tumba de cuatro mil años de donde la humanidad se levanta para emprender la peregrinacion de la vida, la cruzada de la gloria.



CAPITULO II.

DEL PROGRESO EN LAS SOCIEDADES ANTIGUAS.

I.

Nacer, crecer, desarrollarse y morir; hé aquí la escala del progreso en la materia: sentir, pensar, elevarse, tocar á lo infinito, vivir vida inmortal; hé aquí la escala del progreso en el espíritu. ¿Cuál de estas dos escalas recorrió principalmente el mundo de la antigüedad?

El monte Calvario es el punto de vista mas elevado, mas culminante, que se descubre en el camino de la historia: subamos á la cima de ese monte; al lado de allá cae el mundo antiguo: examinemos. ¿Qué altura es aquella, en las regiones donde nace el sol; qué altura es aquella rodeada de nubes misteriosas, y coronada de luz, donde parece que, como en inmenso sarcófago, se guarda alguna verdad, se depositan las invisibles cenizas de algun suceso magnífico? Es el monte Ararath, el puerto donde descansó una nave, cuyas trazas